

¿Dónde Se Originó La Iglesia?

La “primera iglesia de Cristo” fue la congregación establecida en la ciudad de Jerusalén, en el “día de Pentecostés”, del año 30, o tal vez del 29, rectificado el error del calendario gregoriano seguido en el presente. Aquel “Pentecostés” no era un “día cristiano” sino una de las fiestas solemnes anuales ordenadas para los israelitas cerca de mil quinientos años antes de Cristo (Levítico 23). “Pentecostés” no es sinónimo de “lenguas angelicales”, como tampoco de “bautismo en Espíritu Santo”, sino que, traducido, significa “quincuagésimo”, contándose “cincuenta días” desde la Pascua para determinar la fecha de su celebración (Levítico 23:15-16).

Pentecostés siempre caía el primer día de la semana. Así que, la iglesia de Cristo fue establecida el primer día de la semana, y no el séptimo o cualquier otro. Temprano en la mañana de aquel Pentecostés, estando los apóstoles “todos unánimes juntos” en “la casa donde estaban sentados” (Hechos 2:1-2), “fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:4). Hablaban las “lenguas” de los “judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo”, congregados en Jerusalén para la celebración de Pentecostés (Hechos 2:5-12), y no “lenguas angelicales” o “lenguas jerigonzas”. Hablaban por el Espíritu “las maravillas de Dios” (Hechos 2:11), y no algún mensaje ininteligible. Hablaban “según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:4). Y así, en aquel Pentecostés, en Jerusalén, el Espíritu Santo inició la ejecución de la encomienda que Cristo mismo le había dado de guiar a los apóstoles “a toda la verdad”. A sus apóstoles Jesús les dijo: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13). Vino, pues, “el Espíritu de verdad” precisamente en aquel Pentecostés, diez días después de la ascensión de Cristo, empezando su obra con auténticas señales espectaculares confirmativas (Marcos 16:17-20), como la de anunciar el evangelio los apóstoles, “sin letras y del vulgo” algunos de ellos (Hechos 4:13), en otros idiomas sin haberlos aprendido.

Fue planeada por Dios desde toda la eternidad. Pablo escribió: «Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Efesios 3:10-11). El envío de Cristo para redimir al hombre del pecado era parte del propósito eterno de Dios. Que la multiforme sabiduría de Dios pudiera ser vista en la iglesia era también parte del plan divino de Dios a través de Jesucristo.

Cuando Jesús vino a esta tierra, el establecimiento del reino de Dios, un reino espiritual (Juan 18:36) que es la iglesia (Mateo 16:18-19), era una parte de Su misión divina. A medida que empezó a predicar, dijo: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado, arrepentíos, y creed en el evangelio» (Marcos 1:15). Por tanto, la iglesia no llegó a existir a causa de algún accidente o una simple invención del hombre; vino a la existencia a causa de que el Dios del cielo lo planeó desde la eternidad.

Fue profetizada por los profetas. Para una demostración adicional de que el establecimiento de la iglesia fue divinamente planeado por Dios, uno solamente necesita considerar lo que los profetas que hablaron bajo la inspiración divina profetizaron la venida y naturaleza de la iglesia, el reino de Dios. El profeta Isaías profetizó que el monte de la casa de Jehová sería exaltado por encima de los montes en los postreros días (Isaías 2:1-5); profetizó que el Mesías tendría el gobierno del reino sobre Sus hombros (Isaías 11:10) y sería «...luz de las naciones» (Isaías 42:6=). Por tanto, el profeta profetizó que la exaltación y establecimiento del reino de Dios estaría inesperadamente ligado a la venida del Mesías.

Daniel profetizó que el Dios del cielo establecería Su reino en los días del cuarto reino (el reino Romano); escribió: «Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre.

En consecuencia, otra razón para creer que la iglesia es de origen divino, en lugar de invención humana, son las profecías que los profetas inspirados hablaron, profetizando su establecimiento y naturaleza.

Fue edificada por Cristo. Una tercera razón para creer en el origen divino de la iglesia es que fue edificada por Cristo. Después de Pedro haber confesado que Jesús es el Cristo, el hijo del Dios viviente, Jesús dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:17-18). Si uno admite que la plenitud de Dios mora en Jesús (Colosenses 2:9) y que Jesús edificó la iglesia, ha admitido el origen divino de la iglesia.

Es la plenitud de Dios. Pablo describió la iglesia como la «plenitud» de Dios. Dijo: «Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Efesios 1:22-23). La iglesia es la plenitud de Dios. Dios ha sintetizado todas las cosas en Cristo; todas las bendiciones espirituales están en Cristo (Efesios 1:3). Esta relación espiritual con Cristo es nuestro medio de obtener la reconciliación con Dios; no obstante, la reconciliación para Dios, ocurre en la iglesia. El continuó: «Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos (Judíos y Gentiles) en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades» (Efesios 2:16).

*La iglesia, no algún reino futuro, terrenal, premilenario, es la plenitud de Dios. La idea premilenaria de que la iglesia es una idea que se le ocurrió más tarde a Dios, una simple eventualidad espiritual, debilita la revelación de Dios con respecto a la iglesia. La iglesia es la plenitud del plan de Dios para reconciliar a los hombres consigo mismo a través de Jesucristo.



POR: BEN ROBERT.